SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

La casa de campo

(SEGUNDA PARTE)

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ SANCHEZ ALBARRAN

TERCERA EDICIÓN

MADRID

SALON DEL PRADO, 14, HOTEL

1902

LA CASA DE CAMPO

LA CASA DE CAMPO

(SEGUNDA PARTE)

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

DON JOSÉ SÁNCHEZ ALBARRÁN

Estrenado con extraordinario aplauso en el TEATRO PRINCIPAL de Granada en Febrero de 1866

TERCERA EDICIÓN

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAROLINA...............	SRTA. ELISA BOLDUM.
CARLOS..................	SR. ALBARRÁN.
DON MIGUEL...........	BALLESTEROS.
SIMÓN....................	ALCALDE.

La acción se supone en la misma casa de campo de la primera parte, y á los pocos meses de aquellos sucesos. Campos de Andalucía. Epoca actual

ACTO UNICO

Jardín: primer término derecha, árboles y fuentes; primer término izquierda, casa de rica apariencia con puerta practicable; en el centro escalinata que baja al jardín. Al fondo, verja y un gran cenador cubierto por enredaderas y flores. Muchas macetas distribuídas oportunamente en la escena.

Entiéndase derecha é izquierda la del público.

ESCENA PRIMERA

DON MIGUEL y SIMÓN. Salen de la casa; detrás Simón con dos botellas y un copero que pone sobre un velador de piedra que habrá cerca de la casa en el proscenio. Las botellas figuran ser de rom

MIG. Anda, hombre, anda; que Dios te lo manda. Eres más indolente que un negro.

SIM. Si ya estoy aquí, señor don Miguel.

MIG. Si estuvieras en América sería mejor.

SIM. ¿En América? ¡Dios me libre! Con tanto bicho venenoso que dicen que pican, y con esa enfermedad negra que mata con la...

MIG. ¡Calla, calla, estúpido! ¡Idiota! ¿Qué sabes tú lo que es América? No profanes con tu embrutecimiento uno de los países más privilegiados del mundo. ¡América! ¿Qué entiendes de eso, animal? ¿Dónde has encontrado mujeres más apasionadas y cariñosas? ¿Dónde has visto más árboles y hojas? ¿Dónde has encontrado mejores frutas? ¿Adónde has

visto más aves y peces pintados en colores entre armaduras de plata y mantos de pluma? ¡Estúpido! ¡Salvaje!

SIM. ¡Señor, hace un cuarto de hora que me está usté echando unas flores!...

MIG. ¡Flores!... Cebada es lo que tú merecías.

SIM. Muchas gracias, don Miguel.

MIG. ¡La América! ¿Sería yo tan rico como soy si no hubiera sido por la América? Tendría esa hija tan hermosa que Dios me ha dado si no fuera por la América? ¿Me hubiera yo casado con un ángel si no hubiera sido por la América, ni hoy, en el último tercio de mi vida, me alimentaría con estos bellísimos recuerdos, que son la recopilación de una historia llena de amor, de virtud y delicias que aún saboreo y que transmitiré á generaciones venideras, si no hubiera bebido el purísimo aroma de aquel hermoso país? ¡La América!... ¿Quieres oro?

SIM. ¡Toma! ¡Pues vaya unas preguntas que tiene usted! Sí, señor, que quiero.

MIG. ¡Allí está!

SIM. ¿Dónde?

MIG. ¡Allí!

SIM. Sí, pero eso está muy lejos.

MIG. ¿Quieres amor, poesía, abnegación, hospitalidad? ¡Allí está! Pide en un caserío habitado por gente de color un búcaro con agua, y saldrá una tribu á recibirte y agasajarte. ¿Tú sabes lo que es guayaba? ¿Te has mecido en una hamaca? ¿Has comido el plátano? ¿Sabes lo que es dulce de piña?

SIM. Sí, señor; es decir, yo... sé que...

MIG. ¿Qué?

SIM. Es decir, yo he comido piñones.

MIG. Sí, sí; ¡melocotones! Anda, anda y llégate á la caseta de Juan á ver si han traído los encargos de la ciudad, y tráeme los periódicos y las cartas.

SIM. Voy, señor; perdone usted si...

MIG. Vete, y no vuelvas á hablar de cosas que no entiendes.

SIM. Bien, señor. (Va á marcharse.)

MIG. ¿No han vuelto los señoritos?
SIM. No, señor (Volviendo.)
MIG. Parece que han tomado con gusto la casa; así tenía yo ese empeño en que la comprase mi yerno. Anda, la América... ¡No eres tú mal papagayo!
SIM. (¡Caramba y cómo le gustan al señor los negros!) (Vase foro derecha.)

ESCENA II

DON MIGUEL

Pues, señor, cada vez me alegro más de que mi yerno haya comprado esta casa. Como es tan rica en vegetación y en aguas... Algunas veces, cuando me miro tan vestido de blanco y con mi sombrero de palma, creo encontrarme en la Isla de Cuba, en mi hacienda del Rosario... ¡Oh, qué tiempos! Voy á completar la ilusión, Beberé el agua con rom como hacía allá. ¡Oh!.. ¡Y este es legítimo Jamaica! (Echando un poco en el agua.) Sólo me faltaba ahora que me sirviera la copa mi fiel negro Andrés y me dijera.,.

ESCENA III

DON MIGUEL y SIMÓN, foro derecha. Trae un rollo grande de lienzo que figura un transparente para una ventana, unos paquetes de estambres, periódicos y cartas

SIM. ¿Señor?
MIG. ¿Qué quieres, negro? (Sin volverse para mirarle.)
SIM. ¿Cómo negro, señor?
MIG. ¡Imbécil! ¿no sabes que ahora estaba en mi hacienda del Rosario y que tú eras mi negro Andrés?
SIM. ¡Ya! (Pues, señor, tendré que tiznarme yo también.)
MIG. Hombre, ¿no podrías volverte negro siquiera por una semana?

SIM. Sí, señor, en dándome betún.

MIG. Es verdad, sí; ahora soy yo el imbécil. Dame. (Tomando los periódicos.)

SIM. Los periódicos, y estos paquetes son los estambres que pidió la señorita y éste el transparente que el señorito Carlos pidió para el gabinete de estudio.

MIG. Bueno; deja aquí las cartas y periódicos y lleva lo demás á la habitación del señorito. Mucho tardan del paseo.

SIM. Ya vienen ahí.

MIG. ¡Hola!

SIM. Sí, señor. los he visto desde la caseta de Juan, que venían por el ribazo de los aromos, más acá de la fuente grande.

MIG. Vamos.

SIM. Sí, señor; conocí al señorito por el paraguas blanco que trae abierto.

MIG. ¡Ya!

SIM. Porque yo estaba en la caseta de Juan.

MIG. Bueno.

SIM. Y como ellos venían por el ribazo de los aromos, y el señorito...

MIG. Bien, hombre, bien; ya me lo has dicho, ya lo sé.

SIM. Es que yo estaba en la caseta de Juan, y los señoritos...

MIG. ¡Y dale! Venían por el ribazo, ya, sí.

SIM. Yo creí que...

MIG. ¡Hombre, tú tienes algo de cotorra!

SIM. ¿Que si tengo algo de cotorra? No sé...

MIG. Por lo que hablas.

SIM. Ya callo.

MIG. Anda, anda, lleva esos encargos. (Simón entra en la casa.)

ESCENA IV

DON MIGUEL

Pues señor, no se quejará mi yerno del suegro, ni de la esposa, ni de la casa, ni de la fortuna. Hay en el mundo familias predes-

tinadas á la felicidad, y la mía ha sido una de esas. Mi abuelo y mi padre fueron tan felices cuanto quisieron serlo; yo lo he sido también, lo sigo siendo, y esta dicha de familia, esta alegría la veo reflejada en mi hija y mi yerno. (Se escucha reir locamente por el fondo del jardín á Carolina y Carlos.) ¡Ellos son! (Repiten las carcajadas más cerca.) Cómo ríe la loquilla, cual ave que trina en la espesura. Ella es el alma de este paraíso. Parece que las aguas corren más prontas cuando la ven, y que al oir su voz se estremecen de placer las hojas de todos los árboles. ¡Dios la bendiga!... Caramba, yo, aunque soy viejo, tengo á veces mi alma de poeta. Helos aquí.

ESCENA V

DON MIGUEL, CAROLINA y CARLOS. Carolina trae una pintada mariposa cogida por las alas. Carlos trae un ramo de flores y un paraguas blanco

CAR. ¡Pobrecita!
CAROL. ¡No la suelto!
CAR. Deja que vuele.
CAROL. No tal.
CAR. (Riendo.)
¡Egoista!
MIG. ¿Se disputa?
CAROL. Muy buenos días, papá.
(Se adelanta y besa la mano de su padre. Carlos le da la mano.)
Una linda mariposa
saltando desde un rosal,
batiendo en púrpura y oro
sus alitas de cristal,
por mostrarnos su ropaje
que al sol deslumbraba más,
presumiendo entre corales
en mí se vino á posar.
CAR. Yo la hice prisionera
con mi sombrero al pasar.

CAROL. Y es mía.

CAR. Yo la he cogido
y la doy su libertad.

CAROL. Y yo la quiero mi esclava,
¡vaya! ¡no faltaba más!
y la pondré su alimento,
y la tendré en un fanal,
y prisionera en mi cuarto
nada allí le faltará;
hojas, lecho, sol.

CAR. ¿Y... aire?

CAROL. El aire... se buscará.

CAR. ¡Deja que vuele!

CAROL. ¡No quiero!

CAR. Que lo decida papá.

MIG. ¿Conque el árbitro me hacéis?...

CAR. } Sí, señor.
CAROL. }

MIG. Voy á fallar.

CAR. ¡Eso!

CAROL. ¡Eso!

CAR. } ¡Verás tú!
CAROL. }

MIG. Sentarse: soy tribunal. (Pausa.)
Cuando yo marché á la América...
Cuando yo empecé á pensar,
ví vender á una negrita
medio salvaje, bozal.
Muy joven; catorce años:
no la he podido olvidar.
Talle esbelto, ágil, viva,
dulce, expresivo mirar.
La arrancaron á su madre,
y en casa de un principal
con la marca del esclavo
prisionera quedó.

CAR. ¡Ah!
(Se queda mirando tristemente á la mariposa.)

MIG. La dieron comida, ropas,
un camistrajo tal cual;
siempre en casa sin salir;
dormir, comer, trabajar,
y la pobrecita negra
no hacía más que llorar.

Su amo la oyó una tarde
á sus solas sollozar,
y que llamaba á su madre,
y pedir la libertad,
y acordarse de su patria
y entonces lloraba más.

CAROL. (Con mucha ansiedad.)
¿Y qué hizo el amo?

CAR. (Ansiedad.) ¿Qué hizo?

MIG. (Fuerza.)
¡La castigó!

CAROL. (Impetuosidad, coraje.)
¡Animal!

MIG. Y la puso á pan y agua.

CAROL. (Enterneciéndose.)
¡Pobrecita!

CAR. ¡Qué maldad!

MIG. Y la negrita, sin madre,
sin aire, sin libertad,
enfermó la pobrecita
y ya no volvió á llorar;
y así prisionera, ¡ay, triste!
al fin murió de pesar.

CAR. (Llevándose el pañuelo á los ojos.)
¡Infamia!

CAROL. (Llorando.) ¡Jesús! (Pausa.)

MIG. Ya ves,
por no dejarla volar.

CAROL. ¡Vuela, vuela, mariposa,
(Se levanta, y acercándose á un bastidor, figura hacer que vuele la mariposa.)
recobra tu libertad: (Llorando.)
no mueras tú, pobrecita,
en tu prisión de cristal!

MIG. Eso, que vuele á la altura,
que se torne á su rosal.
¡Dios con un soplo hizo libre
á toda la humanidad!

CAROL. Mira, papá, me has puesto triste, y ahora, en castigo, tienes que hacerme reir mucho, mucho, mucho, ¡¡mucho!!

MIG. (Riendo.) ¡Hola!

CAROL. ¡Sí!

MIG. Pues entonces, traeré unas sonajas y te can-

tarė la Nochebuena, aquello de... (Cantando.) «Y dijo Melchor...»

CAR. ¡Já, já, já!

CAROL. (Con mimo.) No, eso no.

MIG. ¡Ya! Vaya, pues has de saber, para que se borre de tu pensamiento esa tristeza, que la negrita no murió.

CAROL. ¿No? ¡ay, qué alegría!

CAR. ¿Cómo?

MIG. Porque el amo la hizo libre.

CAROL. (Saltando como una niña) ¡Qué gusto! ¡Qué gusto!

MIG. Y la mandó con su madre, que estaba en Veracruz.

CAROL. ¡Ajajá! ¡Bendito sea ese amo! Si estuviera aquí le daba un abrazo.

MIG. Pues vamos, ya puedes abrazarme.

CAROL. ¿Por qué?

MIG. Porque ese amo fuí yo.

CAR. ¿Usted?

CAROL. ¡Es posible!

MIG. Sí, hija mía; hace diez y nueve años me vendieron la negrita, y me costó seiscientos pesos su libertad; después supe que había casado en Veracruz. ¡Pobre Andrea!

CAROL. Dios te lo recompensará siempre.

MIG. Dios me lo recompensó bien pronto.

CAROL. ¿Sí?

MIG. ¡El día que compré su libertad naciste tú, tan hermosa y tan buena. Yo hacía un beneficio y Dios me mandaba las gracias con un ángel!

CAROL. ¿Y por qué la hiciste libre?

MIG. Para celebrar tu natalicio.

CAROL. ¡Ya!

MIG. Conque ya lo sabes; y ahora te digo yo á mi vez que me hagas reir un poco, porque estos recuerdos, á pesar de mi carácter alegre y bullicioso, me han puesto ccmo tú estabas antes, triste.

CAROL. Pues bueno, ahora me toca á mí buscar unas sonajas, y cantarte aquello de la Nochebuena. «¡Y dijo Melchor!...»

CAR. Vamos, mudaré la conversación, porque si no...

MIG. Tienes razón, Carlos; habla de cualquiera cosa, de vuestro paseo, de los embustes que me habéis contado ya tantas veces acerca de los medios que empleásteis para echar de aquí al cándido de don Bonifacio Lino y Callejas, último poseedor de esta finca.

CAR. ¡Pero... don Miguel!

CAROL. ¡Pero... papá!

MIG. ¡Pero... niños! ¿Creen ustedes que á mi edad se comulga á uno con ruedas de molino?

CAROL. Pero si lo que te hemos contado ha sido verdad. Carlos se fingió primero poeta maniaco y estrafalario, y luego tambor.

MIG. ¡Já, já, já, já!

CAR. Y esta se fingió romántica y francesa, y por último una lavandera manola.

CAROL. Y don Bonifacio, aburrido, le vendió á Carlos la casa en veinte mil duros.

MIG. ¡Já, já, já! ¡Vamos, ya me estoy riendo!

CAROL. y CAR. Pero, papá... si ..

MIG. ¡Já, já, já! ¡Cuando digo que me estoy riendo!

CAR. Nada, ¿no lo cree?

MIG. ¿Y los trajes? ¿y las pelucas? ¿y el uniforme? ¿y el tambor? Vaya, vaya, para mentir es preciso saber mucho.

CAROL. Todo lo teníamos.

MIG. ¿Dónde?

CAROL. ¿Pues no sabes, papá, que tu convecino y amigo el señor de Mejías tiene en su hacienda un teatrito para sus colonos, y que gastó un dineral en trajes, enseres y efectos de?...

MIG. (Perplejo.) Es verdad.

CAROL. y CAR. (Apoyando.) ¡Pues!

MIG. Pues ni así me dejo engañar. ¿Estaba ciego don Bonifacio para no conocer que el ingeniero era el poeta y el tambor, y tú, la lavandera, y la francesa, y la romántica? ¡Ya! ¡A mí podían ustedes haber llegado!

CAROL. Tan engañado hubieras quedado como él.

MIG. ¿Yo? ¡Qué disparate!

CAROL. (Con gracejo.) ¡Ay, papá, y qué amor propio tienes!

Mig. (Imitando su tono.) ¡Ay, niña, y qué tonto quieres hacerme!

Carol. ¿Conque á tí no te engañaríamos?

Mig. ¡No!

Carol. ¿Conque no?

Mig. ¡No y no, y retenó!

Carol. Pues... adiós, papaíto; sabes que no se me ha olvidado la lección de la mariposa.

Mig. ¡Me alegro!

Carol. (Yo también te daré mi leccioncita) ¿Vamos, Carlos?

Car. ¡Vamos!

Carol. En el gabinete de estudio estamos, papá.

Mig. Bueno; allí tienes ya los estambres que ha traído Simón.

Car. ¿Y el transparente?

Mig. También lo tienes allí.

Car. Me alegro.

Carol. ¡Vamos á castigar á papá por un ratito; ven!

Car. Pero si yo...

Carol. Ven, hombre; ¿no hago yo todo lo que tú quieres?

Car. Me has convencido. Vamos.

Carol. Vamos. (Vanse á la casa.)

ESCENA VI

DON MIGUEL

¡Qué felices son! Digo... son, somos lós tres! ¡Pero qué inocentes! ¡Empeñados en hacerme creer que don Bonifacio se... já, já, já! Vaya, que se acerque mi yerno vestido de tamborcito, y veremos si le toco yo generala, y paso de ataque, y retreta; y si no, que venga mi hija vestida de lavandera, y ya verá el jabón que yo la doy.

ESCENA VII

DON MIGUEL y SIMÓN

SIM. ¿Señor?
MIG. ¿Qué quieres?
SIM. Un caballero que tiene trazas de haber sido militar, dice que desea hablar con usted.
MIG. ¿Conmigo ó con mi yerno?
SIM. Con usted.
MIG. ¿Pero... me conoce?
SIM. No sé. ¿Qué le digo, señor? (Pausa.)
MIG. ¿No ha dicho quién es ni cómo se llama?
SIM. No señor.
MIG. ¡Es extraño... en fin, dile que puede pasar. (¿Qué embajada sera ésta? Sentiría que ahora me molestasen.) ¿Qué esperas, hombre? ¿No he dicho ya que puede pasar?
SIM. Voy corriendo. (Vase.)

ESCENA VIII

DON MIGUEL

¿Quién será? Un caballero que parece haber sido militar... no sé... en fin, veremos. Con tal que no sea un posma, lo doy por bien empleado. Alguien se acerca, él es; veamos.

ESCENA IX

DON MIGUEL y CARLOS. Carlos viste pantalón negro, gran levitón con algunas veneras. Peluca cana, bigote y barba gris, sombrero de copa alta Trae una pierna encogida y viene apoyado en dos muletas. En su hablar se nota mucho ceceo, propio del hombre á quien falta la dentura

CAR. Caballero... (Saludando.)
MIG. ¡Señor mío!
CAR. Soy muy servidor de usted.

MIG. ¿A qué debo la merced
de esta visita? (¡Qué tío!)
CAR. Soy un viejo militar
que he servido en cien batallas,
y no tengo ni áun pestañas
por donde pueda llorar.
Una bala de cañón
me llevó la dentadura.
MIG. ¡Qué dice usted!
CAR. Y me apura
esta triste situación.
Esta pierna la perdí
en un combate cruel;
se la encontró un furriel
y la pegaron ahí.
¡Por la patria peleé,
y peleé de tal modo,
que si no me como un codo
hoy ya no tengo de qué.
Yo perdí toda esperanza
de adquirir nuevos despachos,
y los pícaros muchachos
me gritan... «¡avanza, avanza!»
Ya usted ve que es repugnante
para quien tal peleó
y que á un hombre como yo
le llamen el atacante.
En tan triste situación
llego á usted soldado invicto,
porque al mirar mi conflicto
me preste un napoleón.
MIG. (¡No hay escape, me ha cogido,
es pobre, le auxiliaré.) (Da una moneda.)
CAR. Siento molestar á usted
y le quedo agradecido.
Esta pierna, Vinuesa,
me asegura muy formal,
que con los baños de cal
al punto la pone tiesa.
Yo, en mi afán de mejorarla,
no descanso en este aprieto
para que logre su objeto
y que llegue á enderezarla.
Dice que es debilidad,

y que con fuertes sudores
los músculos extensores
tendrán elasticidad.
De suerte, que de esta hecha,
si no me abandona usté,
de hoy más le deberé
que me la ponga derecha.
¡Mas si preso en el calambre
mi pesar se hace infinito,
entonces... yo doy el grito,
grito... de hambre, de hambre!
Gritaré á todo pulmón:
¡A las armas, castellanos!
¡Que me muero, ciudadanos!
¡Viva la constitución!

MIG. Siento mucho lo encogido,
siento la pierna de usted,
pero hágame la merced
de darse ya por servido.
Hay familia que me espera
y usted ve que es esencial...

CAR. ¡Yo he sido muy liberal!

MIG. ¡Sí señor!

CAR. ¡Como cualquiera, (Alborotando.)
yo he servido con ardor!

MIG. No dudo...

CAR. ¡Entre caballeros!
¡Fuí cabo de peseteros!

MIG. ¡Pero hombre, por favor!...

CAR. Yo no dudo ni un momento
si de la patria se trata.

MIG. (¡Por vida el hombre y la pata!)
Tengo que irme... yo... siento...

CAR. Soy hombre de corazón.

MIG. (¡Ay, qué cáustico!)

CAR. ¡Yo soy!...

MIG. ¡Hombre, déjame por hoy,
tome otro napoleón!

CAR. ¡Yo fuí siempre de los puros,
no retrocedí jamás!

MIG. Caramba, no puedo más;
le regalo cinco duros.
Busque usted á Vinuesa
ó á los diablos en reata.

Y que le corten la pata
ó que se la pongan tiesa.

CAR. ¡Soy español!

MIG. ¡Huy! ¡Me crispa!

CAR. ¡Y la patria me desvela!

MIG. Es usté una sanguijuela,
un poste, un grano, una avispa.
¡Jesús, qué sofocación!

CAR. ¡A vencer! (Con arranque.)

MIG. Maldito sea!
¡Fuera de aquí!
(Levantando una silla.)

CAR. ¡A la pelea!
¡Viva la constitución!
(Vase por el fondo imitando los platillos de una banda de regimiento en una canción patriótica muy popular.)

ESCENA X

DON MIGUEL

MIG. ¡Huy, qué verdugo! ¡Qué plaga! ¡Pues no me ha sacado de mis casillas el cojitranco este con su entusiasmo y... ¡por vida del mal rato que me ha dado! ¿Carlos? (Llamándolo desde la puerta de la casa.)

CAR. (Dentro.) ¿Quiere usted algo? Estoy pintando.

MIG. Baja cuando puedas.

CAR. Al momento.

MIG. ¡Vaya con el pobre diablo ese, y qué pesado, y qué mosca! ¿Simón?

ESCENA XI

DON MIGUEL y SIMÓN, por el fondo

SIMON ¿Señor?

MIG. Cuando vuelva ese hombre que acaba de salir, no le dejes entrar en casa.

SIMON Está bien, señor.

MIG. Dile si vuelve, que estamos en la ciudad y no volvemos hasta que pase un año.

SIMON Está bien, señor.

MIG. Vete. (*En este momento sale por el foro derecha Carolina, vestida de labradora pobre con saya, delantal, pañuelo pequeño á la cabeza, peluca gris, nariz postiza y una caña en la mano: figura que viene arreando á una gallina blanca, que se ve atravesar por el fondo. Simón sale por el foro.*)

ESCENA XII

DON MIGUEL y CAROLINA

CAROL. ¡Os... os... os!... ¡Piti, piti, piti, os... os... piti, piti... os!...

MIG. ¿Qué es eso? (*Reparando.*)

CAROL. ¿Ha entrao por aquí una gallinita, gordita, chiquitita, blanquita, con dos patitas y la cresta coloradita?

MIG. ¿Qué?

CAROL. ¡Ay, Jesús, qué viejecito más resalao! (*Requebrándole con un grito de alegria.*)

MIG. ¿Qué busca usted, buena mujer?

CAROL. Una gallinita, chiquita, gordita, blanquita, con dos patitas y la cresta coloradita!

MIG. ¿Cómo?

CAROL. ¡Ay, Jesús, qué viejo con menos pellejo! ¡Huy!

MIG. Señora, busque usted la gallina y déjese de vulgaridades y tonterías del campo. ¡Pues tiene que ver!...

CAROL.
¡Ay qué gallinita
tan retebonita!
Yo la pongo el grano,
le come en mi mano,
y al comerle así,
el gallo la hace
quiqui, quiriquí.
Tan blanca y tan chica
me pica y repica.
¡La hoja y el migo
lo come y el trigo

siempre tras de mí,
y el gallo la hace
quiqui, quiriquí!
Si el gallo la pica,
como es tan rechica,
por curar su maña
levanto la caña
y le pego así.

(Dando un cañazo á don Miguel.)

MIG. ¡Caramba, señora,
que me pega á mí!

CAROL. El gallo se enciende,
y ella que lo entiende
paradita queda,
y él la hace la rueda
haciéndola así:
¡Gallinita blanca
quiqui, quiriquí!

(Le hace la rueda á don Miguel.)

MIG. ¡Yo estallo, yo estallo!

CAROL Yo detrás del gallo,
ella con su maña
y yo con la caña
haciéndole así.
¡Pícaro! ¡tunante!
márchate de aquí.
¡Ay, mi gallinita (Llorando.)
que ya la perdí!
¡Gallinita blanca
quiqui, quiriquí!

(Haciendo la rueda á don Miguel.)

MIG. Buena mujer, ¿me está usted tratando como si fuera yo el gallo ó me va usted á hacer la rueda como á su gallina blanca? ¡Pues no me faltaba otra cosa!

CAROL. ¡Hay qué viejecito! ¡Ay! ¡qué pavo más rico!

MIG. ¡Señora!

CAROL. Se parece todo á un pavo que yo tengo, color de ceniza.

MIG. ¡Deslenguada! ¿Soy yo pavo?

CAROL. Mire usté, mi amo, si tuviera su mercé la cabeza aplastá, lo mesmo, lo mesmo, lo mesmito que él!

MIG. ¡Ea! á ver si se marcha usted de aquí en bus-

ca de su pavo y su gallina, que ya estoy más que harto de usted!

CAROL. ¿Pues yo le he quitao al señorito ná de lo que tiene en su casa?

MIG. No señora.

CAROL. Yo aunque soy una probe tengo el corral lleno de pluma.

MIG. ¡Así la emplumen á usted también!

CAROL.
Tengo veinte pavos
color de ceniza,
cuarenta palomas,
doscientas gallinas,
catorce conejas.

MIG. ¡Basta de familia!

CAROL.
Veinte y cinco patos,
una borriquilla
y cuatro marranos
más grandes que usía.

MIG. ¡Jesús, qué descaro!

CAROL.
Yo les pongo miga,
les busco ensalada,
les doy la comida,
les bato el afrecho,
les pongo agua limpia,
les reparto tronchos,
le abrigo las crías,
y vendo los huevos
de mis gallinitas.

MIG. ¡Jesús, yo me ahogo!

CAROL.
¿Qué pensaba usía?
Yo soy gallinera
que busco mi vida.
Conque... adiós, mi amo;
gorveré otro día.
¡A la gallinera!
¡os!... ¡con las gallinas! (Vase foro.)

ESCENA XIII

DON MIGUEL

¡Dios mío, si será hoy martes! llevo un mes en la casa esta y aseguro, como me llamo Miguel, que hasta hoy no la he aborrecido.

Como tuviera muchas visitas parecidas á estas, me parece que le aconsejaba á mi yerno que la vendiera. (Se acerca á la casa.) ¿Carlos? ¿No vienes?

CAROL. (Dentro.) Papá, si ha ido á la torrecilla á poner á secar el lienzo de un cuadro. ¿Quieres algo?

MIG. No, no te molestes.

CAROL. ¡Adiós! (Dentro.)

MIG. Estos con sus cuadros y los transparentes, y el piano y las flores y los pájaros, tienen toda su vida: y en honor de la verdad, ¿en qué mejor emplear el tiempo? No sé si he bebido el agua ó no; tal estoy, que no sé lo que hago. ¡Vaya con la gallinera! ¿Pues no dice la muy desvergonzada que yo me parezco á un pavo color de ceniza que ella tiene? ¡Como si los pavos tuvieran levita como yo! Vaya la muy...

ESCENA XIV

DON MIGUEL y CARLOS. Carlos se presenta por la verja del foro; trae vestido de campo con media gris y zapato blanco; vara al cinto, sombrero gacho y faja. Trae un canasto lleno de huevos

CAR. ¡Que Dios bendigasté, mi amo!

MIG. ¿Quién?

CAR. ¿Es esta la caza aonde sa colao una gallinita de mi tía, que tiene las patitas blancas?

MIG. Sí, señor; esta es la casa; pero aquí no hay gallina ninguna, ¿sabe usted, mozuelo?

CAR. Le diré á osté, yo no soy mocozuelo, que tengo veintitres años y soy quien vende los huevos á mi tía Micaela. Huevos toítos frescos, asina, como puños y apretaos como las chinas der río. ¡Por vía é Mariquita la pastelera! ¿Me mercasté dos cientos que me quean?

MIG. ¡No quiero nada!

CAR. ¿Osté no come huevos?

MIG. ¿Qué le importa á usted si yo como huevos ó no? ¡Vaya con el mozuelo este!

CAR. ¡Carápile! ¿No le he dicho á osté que yo no soy mocozuelo, por vía chápiro valiyo! Toítos los huevos que yo vendo son de gallinas negras: paece mentira que siendo tan negras, jechen los huevos tan blancos, por vía der chápiro verde!

MIG. Bueno, bueno, váyase usted con su tía y sus gallinas negras á otra parte.

CAR. ¡Pues ya se vé que me iré! ¡Pus no, que me quearía aquí sembrao! ¡Pus cristiano, osté no conoce, arma é Dió, que eso no podía sé!

MIG. ¡Bueno, bueno! ¡Basta, basta!

CAR. Pero como yo soy huevero y me busco la vía asina, de este mó y manera, vamos ar dicí, ¡por vía der cinco copas! tengo que buscármela como una jormiga pá ganá la hogaza, y vamos alante con los faroles, que la procesión no es larga y ar cabo de tó, cá uno lleva su cirio por er mundo y se avía como puée, y er que no puée coge un cirio, ¿sabe osté, estamos? trinca una pajoliya y camina aunque sea oscura.

MIG. ¡Hombre! ¿Quiere usted hacerme el favor de irse?

CAR. (Levantando más la voz.) ¡Pus mardita sea una escopeta é caña! ¿yo he venío á ofenderlo á osté, ó estamos aquí entre moros? ¿Diga osté? ¡responda osté! ¡jable osté! ¡cristiano!

MIG. ¿Me va usted á armar un escándalo? ¡Pues sólo me faltaba eso ahora!

CAR. ¡Ya se ve, como uno es un probe!

MIG. ¡Calle usted!

CAR. Y lo ven á uno asina.

MIG. ¡Silencio!

CAR. Pues, eso es. ¡Ahora me voy á callar!

MIG. ¡Calle usted!

CAR. ¡Por vía e las cosas viejas!

MIG. ¿El qué?

CAR. Que todos los viejos sean gruñones.

MIG. ¿Qué está usted diciendo?

CAR. Hombre, tengo yo en el corral de mi tía un marrano que se paese á osté en el genio, salva sea la parte y er mó e señalá.

MIG. ¡Insolente! (Amenazándole.)

CAR. Tóo er día está como osté, gruñe que gruñe; pues que á mi borriquilla la dé un doló y á osté no le suceda ná, si no es er guarro que quiero más, por vía e María la pastelera. Es verdá que á él lo tengo tratao y conosío, y á osté no; pero vamos ar dicí.

MIG. Usted es un bestia, un gaznápiro, un alcornoque, un almendro, un roble y un pedazo de animal. Si no se marcha ahora mismo lo voy á hartar de palos. ¡Ea! Ya se me acabó la paciencia. Y... agradezca el muy belloto que no está aquí mi yerno, si no, ya hubiera salido por esa verja á puntapiés y pescozones por zamacuco y ciruelo, y camueso. ¡Ea! ¡Largo de aquí!

CAR. ¿Ha concluío osté ya?

MIG. Sí, señor. ¿Qué hay? (Desafiando.)

CAR. ¡Ná! ¿Ve osté como yo no me purverizo como osté, y ha echao osté po esa boca más árboles y frutas que jechan catorce jaciendas juntas? ¡Pues mardita sea los arfileres cuando no pinchan? ¿Yo ma metío con osté, cristiano? ¡Pues cuidiao con el abuelo este, si es arrejojorao y coloraote!

MIG. (Fuera de sí.) ¡Tunante!

CAR. Ahora se paese osté ar gayo ingrés que tengo en er corrá. ¡Já, já, já!

MIG. Usted y el canasto de huevos van á salir ahora mismo estrellados todos juntos. ¡Jumento!

CAR. Usté no sabe lo que se ice, cristiano.

MIG. Ahora verás.. (Coge una silla y le persigue con ella.)

CAR. (Sacando la vara.) ¡Eh, quieto! A mí me jase osté lo que quiera; pero á los huevos no hay que llegarles que van escogío en er canasto pa una marchanta.

MIG. ¡Carlos, Carolina, Simón!

CAR. Va osté á llamá tropa.

MIG. ¡Simón!

CAR. Pues entonces me las compro, porque mucha gente, pá la guerra.

MIG. ¡Carlos, Simón!

CAR. ¡Salú! Que busque osté la gallineja é mi tía.

MIG. ¡No puedo más! (Cae rendido en una silla junto al velador.)

CAR. Hasta la vista, on Fulano. ¡Ar huevero, ar huevero!...
Llevo de gayinas negras
los huevecitos blancos.
¡Ar huevero, ar huevero!
Antoñuelo el hortelano.
A peseta la ocena,
que los vendo y no los parto.
¡Huevos, huevos! ¿Quién me merca?
hasta la tarde, mi amo!
(Vase por el foro.)

ESCENA XV

DON MIGUEL

Necesito sangrarme; no hay recurso. Con esta sofocación se me va á poner la vista más torpe que ya la tengo. Reniego de mí, de don Bonifacio, de la casa, de mi yerno, de las gallinas y de los diablos que carguen con el importuno. ¡Se me han indigestado todos los huevos que he comido en mi vida! Vea usted, tan bien como empezó el día. Si todo lo echó á perder el maldito cojitranco con su pata y su entusiasmo patriótico. ¡Mal haya la fatalidad que me ha traído estos fenómenos aquí. Necesito alegrarme, reirme, olvidar esto que me ha sucedido. ¿Y los otros? Ya se ve, en la torre con los cuadros... es claro; no me han oido. Y yo en tanto desgañitándome. ¡Qué país, qué país! Ya se ve, la educación, la costumbre viciada de los pueblos! ¡Ay, América, ay América de mi alma! ¡Ay isla de Cuba, quién te cogiera!... ¿Negros?... Sí, señor; negros quiero y no esta cáfila de entes, ni esta caterva de patanes groseros. ¡Simón, Simón! ¿Dónde estará también este simple? ¡Simón!

ESCENA XVI

DON MIGUEL y SIMÓN

SIM. ¿Qué manda usted, señor?
MIG. ¡Gracias á Dios! ¿No has oido que estoy llamándote hace más de media hora?
SIM. ¡No, señor!
MIG. ¿No?
SIM. No, señor.
MIG. ¿Conque. . no?
SIM. No, señor.
MIG. Pues otra vez dispararé un cañón á ver si oyes.
SIM. Dispense usted si yo...
MIG. No has visto tampoco salir de aquí á un zagal que lleva un canasto con huevos?
SIM. Sí, señor; ese es Antoñuelo, el sobrino de la tía Micaela la gallinera, que vive en la casilla blanca, junto al arrecife.
MIG. Pues en cuanto yo vuelva á verle ó á la bruja de su tía, te despido y vas tú también á vender huevos y á cuidar las gallinas en su corral.
SIM. Pero, señor...
MIG. Lo dicho, cumple con tu obligación, que es la de cuidar que aquí nadie entre sin permiso mío, y sobre todo estar siempre cerca y atento por si algo se me ofrece.
SIM. Como yo ignoraba... (Verá usted si pago yo la comedia de los señoritos.)
MIG. Pues no lo ignores de ahora en adelante.
SIM. Está bien, señor.
MIG. ¿Y mis hijos?
SIM. Los dos están en la torre.
MIG. ¡Buen modo tienen de hacerle compañía á su padre! (Pausa.) ¡Distráeme, hazme reir!
SIM. ¿Yo?
MIG. Sí, tú.
SIM. Si yo no sé...
MIG. ¿No tienes ninguna habilidad?
SIM. Yo... ¡como no sea jugar al tute!

MIG. ¡Qué estúpidp eres! ¿No sabes siquiera arañar una guitarra?

SIM. No, señor; pero si usted quiere música buscaré á un ciego y... (Se oye dentro música de guitarra acompañada de una huesera. Estilo americano.)

MIG. (Prestando atención) ¡Calla!

SIM. Ya tiene usted lo que deseaba.

MIG. Anda, vuela, entérate de qué es eso.

SIM. Voy. (Se armó la gorda.) (Vase.)

ESCENA XVII

DON MIGUEL

Veamos qué rareza es esta; que toquen aunque sea la guaracha con tal que me distraigan.

ESCENA XVIII

DON MIGUEL y SIMÓN, que sale corriendo

SIM. ¡Señor, señor!

MIG. ¿Qué es?

SIM. ¡Lo que á usted le gusta!

MIG. ¿Lo que á mí me gusta?

SIM. ¡Dos negritos!

MIG. ¿Dos negritos?

SIM. ¡Un negrito y una negrita!

MIG. ¡Pobrecitos! Diles que entren.

SIM. Voy. (Va á marchar corriendo.)

MIG. Escucha.

SIM. Señor... (Volviendo.)

MIG. Así que entren aquí, sube á la torre y avisa á mi hija y á Carlos; con eso se divertirán un rato.

SIM. Voy corriendo. (Dios nos la depare buena.) (Vase foro.)

ESCENA XIX

DON MIGUEL.

¡Pobrecitos! ¡Vendrán pidiendo limosna por estos caseríos! Ya están aquí.

ESCENA XX

DON MIGUEL, CARLOS, CAROLINA y SIMÓN. Carlos y Carolina visten á la americana y con grandes sombreros de palma. Carlos trae una guitarra sostenida al cuello por una ancha cinta, y Carolina una huesera sujeta al cuello por dos cintas de color encarnado, la que hace sonar por medio de un palillo ó castañuela. Trae cada uno un morralito blanco de lienzo á la espalda. Carolina lleva una falda de guinga rayada en colores, y chaqueta ancha de faldillas como la de los hombres. Carlos, pantalón y chaleco también de la misma tela, y sujeto á la cintura un ancho cinturón de cuero con grande hebilla. Chaqueta igual. Estos trajes muy anchos, para que puedan colocarse encima de los trajes que llevan. Calzado conveniente de camino

SIM. ¡Adelante; por aquí! (Conduciéndolos.)
CAR. ¿Uté tá buena, mi amo?
CAROL. Dió guarde, niño Migué.
CAR. / CAROL. ¡Dió guarde lo niño branco!
(Haciendo los dos una cortesía igual y humilde.)
MIG. ¿De dónde venís?
(Don Miguel está sentado.)
CAR. De Cádiz.
CAROL. Vení lo dó embacao
dede mueye de ra bana,
en un bergantín pintao,
que venía ata lo diente
cagaito de tabaco.
Traía rás áras branca,
er piquito cororao,
y ra bariguita nega,
y bolá como lo pájaro.

En los palos mucho vede,
en rá cosina etofao,
y neguito mucho fío
po vení desatapao.

CAR. ¡Yo bebía la guardianta!

CAROL. Ete siempre ha sido boracho.

CAR. ¡Cuando neguito ta triste
chupa pipa!

MIG. (¡Desgraciados!)
¿Sois esposos?

CAR. No ta esposo;
é mi hemana.

CAROL. ¡E mi hemano!

CAR. Yo nasí la Veracrú.

MIG. Allí estuve yo hace años.

CAR. Y ésta é branca.

MIG. ¿Cómo blanca?

CAROL. ¡Y ete é branco!

MIG. ¿Cómo blanco?

CAROL. Dede mueye de ra bana,
como vení detapao,
só mu fuete, quema cane
y poneno así, tiznao.

MIG. ¡Qué graciosa!

CAROL. ¿Sabe, niño?

MIG. ¡Pobrecitos! ¡Desgraciados!
¿Tenéis padres?

CAROL. ¡Sa morío!

CAR. ¡No tá vivo; sá cayao!
¡No rice ná!

MIG. (¡Qué infelices!
¡Sin auxilio, sin amparo!)
¿Cómo te llamas?

CAROL. Andrea...

MIG. (¡Qué recuerdo, cielo santo!)
¿Y tú?

CAR. Migué...

MIG. ¡Como yo!

CAR. Y Alonso, Bautista, Pabro,
Basilio, Tomá, Vicente,
Cecilio, Pedro...

MIG. ¡Canario!

CAROL. Domingo, Agustí, Giné,
Bruno, Bras y Cipriano,

Merchó, Gaspá, Bartasá,
porque son los Reye Mago.

CAR. Frasco, Fancisco, Fasquito,
Paco, Curro, Quico y Pancho.
Nacío la Veracruz
pa serví á mi amo.

CAROL. / CAR. ¡Guachí! ¡Guachí! ¡con el nego! / ¡con la nega!
¡Guachí, guachí con lo branco!

MIG. ¡Qué graciosos, qué graciosos!
¡Qué donaire y desparpajo!

CAR. ¡Yo so loro!

CAROL. ¡Yo cotorra!

MIG. (¡Qué vivos son!) Y veamos:
¿qué habilidades hacéis?

CAR. Bailamo, señó; cantamo...

MIG. ¿Qué cantáis?

CAROL. Ras habanera,
er jarabe americano;
er bien sabe, la chula,
y la pancha y er mulato.

CAR. La durse piña cubana,
la güena guaná y é tango.

MIG. ¿Y por qué venís á Europa?

CAROL. Venimo bucando á un amo,
á niño bueno Migué,
para besale la mano.
Madre yorá mucho grito, (Llorando.)
y se etá morí resando,
y llamá niño Migué
que libertá la compao.

MIG. (¡Qué dice!)

CAROL. ¡Yo ta yorá
mucho tiempo!

MIG. (¡Estoy soñando!)

CAROL. Agua caé po la cara,
y tambié ycra mi hemano.
¡Ya... luz los ojos no mira,
diente mucho enseña branco,
nieve fría por el cuepo,
y el só tá triste, nubrao!
La cara vueve á la má;
se pone branco lo labio,
y me rise: «Niña Andrea,

buca en Epaña á mi amo:
por é muero libre y buena,
y por é yo ta criao.
Corre baquito de vela,
anda tierra sin zapato,
y buca á niño Migué
y ve á besale la mano.»
Me rijo, y ya no habró má; (Aumenta el llanto.)
los ojos quedá serrao,
y yo... resaba, resaba,
y yo... yorando, yorando.
Miré la lú de oto día
que ponía é cielo craro,
y me embaqué para España
para buscá á ese amo.

MIG. (¡Oh, Providencia divina:
yo te venero y acato!
Lágrimas que vierto ahora,
id á un sepulcro olvidado!)
(Queda abatido y lloroso, ocultando su cara encima de los brazos que apoya en el velador.)

CAR. E señó sa pueto triste.

CAROL. E señó sa pueto malo.

CAR. Toca música, neguita.

CAROL. Acompáñame tú, Pancho.

TANGO

LOS DOS Panchita me dijo un día:
dime neguito,
¿sabes queré?
A mí me gusta la piña,
la caña duse
y er cucuyé.
Si yo pudiera ser branco
y no tuviera
nega la pié,
vería que amó tan duse,
que cosa rica
tengo pa osté.

—

¡Qué bien me sabe,
qué rica é
la duse piña
y er cucuyé!
Pobe neguito,
pobe de é,
poque lo branco
lo quié vendé.

—

Panchita comió una piña
con tanta azuca,
con tanta mié,
que Pancha se puso mala,
y estaba tiste
de... no se qué.
¡Ay, Pancha, no coma futa,
poque la futa
sabe muy bien,
y er duse como empalaga
me pone el cuepo
malo después!

—

Qué bien me sabe,
qué rica é! etc.

—

Panchito, vente á mi España,
y allí un palacio
yo te daré.
Yo puedo pesarte en oro,
pues soy tan rico
como es un rey.
Panchita no va á la España
ni quiere el oro
de su mersé,
que quiero á mi nego Pancho
que dise amores
de rica mié.

—

Qué bien me sabe, etc. (Bailan.)

MIG. (Levantándose con decisión.) (¡Sí! Es preciso que mi hija y Carlos conozcan y amparen á estos desgraciados hijos de la pobre negra que yo hice libre.) ¿Conque queréis encontrar muy pronto á ese amo?

LOS DOS Sí, señó.

MIG. Pues esperadme aquí un momento; yo mismo voy á traerle. (Vamos á avisar á mis hijos.) (Entra en la casa.)

ESCENA XXI

CAROLINA y CARLOS

CAROL. ¡Ay, no puedo más! (Quitándose el velo de la cara, el sombrero y la peluca.)

CAR. ¡Ni yo! (Idem.)

CAROL. Quitémonos estos embelecos y esperemos el resultado.

MIG. (Dentro.) ¡Carolina! ¡Carlos!

CAROL. ¿Oyes? ¿Oyes como nos busca?

CAR. ¡Ahí viene!

CAROL. Vuelve la cara. (Carolina y Carlos están sentados junto al velador, vestidos tal cual salieron, menos la peluca de negro y el tul. Así que se presenta don Miguel en la puerta de la casa, que está á la derecha del actor, vuelven la cara hacia la izquierda con mucha rapidez y quedando sentados donde están.)

ESCENA XXII

CARLOS, CAROLINA y DON MIGUEL

MIG. (No los encuentro. ¿Donde estarán? (Repara en Carlos y Carolina.) (No quiero hacer esperar más tiempo á estos desgraciados, y que al fin conozcan á su bienhechor.) ¡Vamos, hijos míos, yo soy ese amo que buscáis; abrazadme! (Yendo á buscarlos, colocándose en medio. Caro-

lina y Carlos se levantan á un tiempo y abrazan á su padre, mirándole fijamente.)

LOS DOS ¡Con mucho gusto, padre mío!

MIG. (Dando un salto.) ¡¡Zambomba!! ¿Qué es esto?

CAROL. Anda, busca ahora otra negrita para hacerme llorar.

MIG. Pero... ¡si no es posible! (Aturdido.) ¡Conque tú has sido!...

CAR. ¡Viva la Constitución!

CAROL. Y el gallo la hace...
¡quiquí quiriquí!

CAR. ¡Ar huevero! ¡Ar huevero!

MIG. ¡Jesús! ¡Jesús! Merezco una albarda; me está muy bien merecido; pero si ahora llegara algún otro, le ..

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y SIMÓN. Los personajes están colocados por el orden que van aquí: don Miguel, Carlos, Carolina, Simón

SIM. ¡Señor! ¿Se concluyó la comedia?

MIG. ¡Tunante, ven acá!...

SIM. Señor, no me toque usted que voy á volverme negro. (En este momento recuerda la orquesta el tango muy piano hasta caer el telón.)

CAROL. Perdónanos, papaíto, por las libertades que nos hemos tomado contigo. Mira que el público está esperando tu fallo; ¡anda, papaíto mío de mi alma, viejecito mío!

MIG. Pero... ¿es verdad que es muy zalamera esta picarilla?

LOS DOS ¡Vamos!

MIG. Yo no me atrevo á fallar,
no me suceda otro chasco
por hacer de tribunal.

CAROL. Pues entonces, yo lo haré;
Simón, ponte más atrás
y quédate sonriendo:
Carlos, abraza á papá.
¡Quieto el cuadro! ¡Sin moverse,
eso es! Vóilo á acabar:

ahora me adelanto al público
y digo sin vacilar:
sé generoso, sé bueno,
aunque peques en bondad.
¡Muchas palmas! ¡Muchas palmas!
¡Amnistía general!

TELÓN

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representación sea autorizada con las supresiones hechas.

Madrid 4 de Abril de 1866.

El Censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

Quedan hechas las supresiones que indica la censura.

EL AUTOR.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*